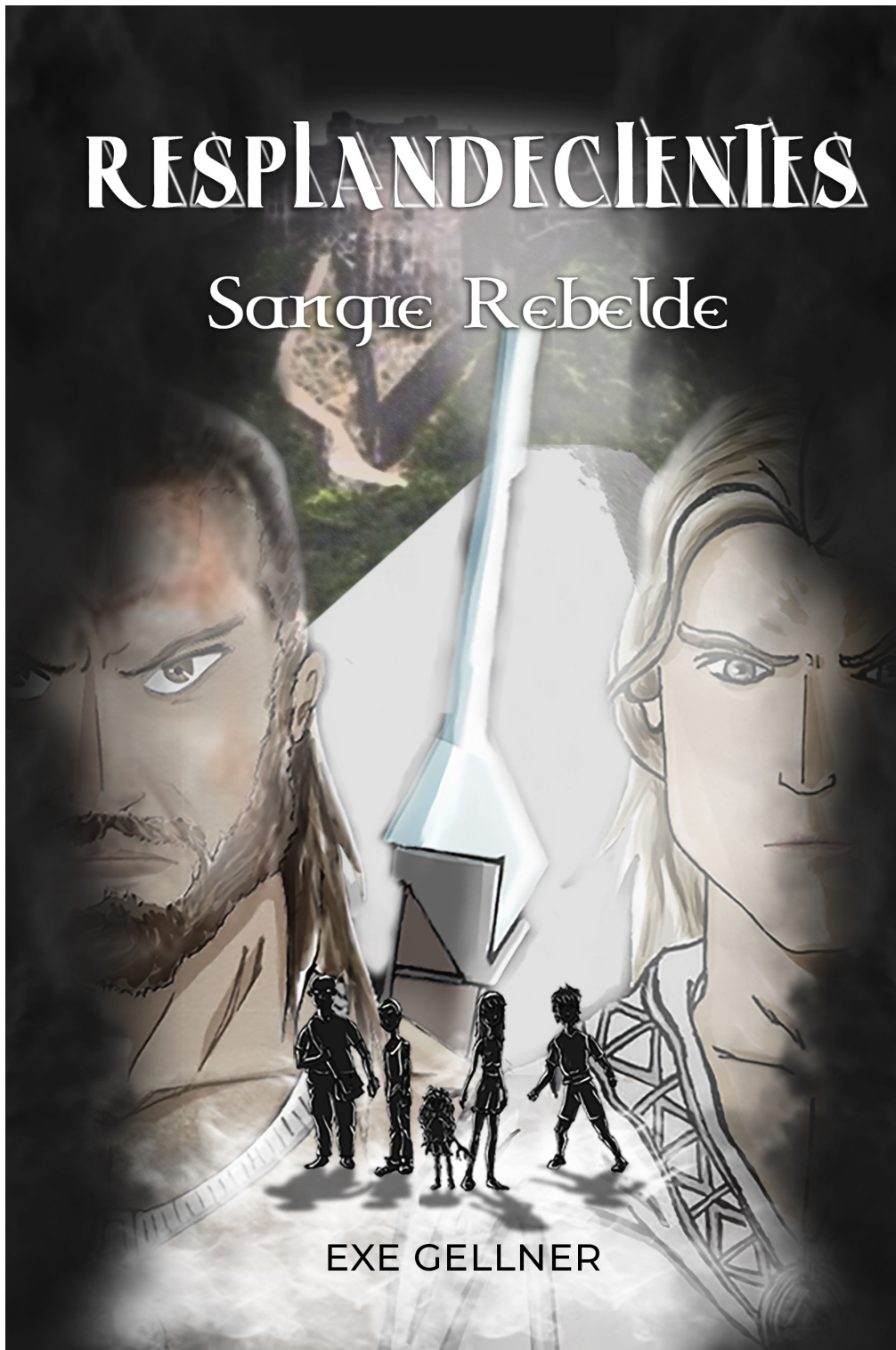


Resplandecientes I - Sangre Rebelde

Exe Gellner



Capítulo 1

Exe Gellner

I

RESPLANDECIENTES

-Sangre rebelde-

I

Resplandecientes

Sangre rebelde

Exe Gellner

Ilustración de mapas y cubierta - diseño de cubierta

© 2020, Jorge Exequiel Gellner

Copyright © 2020, Jorge Exequiel Gellner

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión, de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446

Número de Referencia: RL-2018-00720417-APN-DNDA#MJ

Código de registro de Safe Creative: 1712205158729

ISBN: 9798655007277

Dedicado a todo aquel lector que,
por simple curiosidad o por auténtico gusto,
quiera adentrarse en estas páginas

y logre llevarse algo de ellas,

y espero que así sea.

IMPORTANTE: A partir del 21/09 y hasta el 25/09 el ebook estará disponible para su descarga gratuita desde la app Kindle de Amazon!

Te presento los primeros cuatro capítulos del primer libro de la Saga del Resplandor. Podés continuar leyendo desde Amazon, adquiriendo el libro completo desde el siguiente link:

[https://www.amazon.es/Resplandecientes-Sangre-Rebelde-Saga-Resplandor-](https://www.amazon.es/Resplandecientes-Sangre-Rebelde-Saga-Resplandor-ebook/dp/B08BFPKBPH/ref=sr_1_2?__mk_es_ES=%C3%85M%C3%85%C5%BD%C3%85%BD)

[ebook/dp/B08BFPKBPH/ref=sr_1_2?__mk_es_ES=%C3%85M%C3%85%C5%BD%C3%85%BD](https://www.amazon.es/Resplandecientes-Sangre-Rebelde-Saga-Resplandor-ebook/dp/B08BFPKBPH/ref=sr_1_2?__mk_es_ES=%C3%85M%C3%85%C5%BD%C3%85%BD)
2

También te invito a seguirme en mis redes sociales, donde publicaré periodos gratuitos para adquirir el libro y frecuentes sorteos.

Instagram: <https://www.instagram.com/exeg.escriptor/>

Twitter: https://twitter.com/exeg_escritor

—CAPÍTULO UNO—

Viejos compañeros

"No siempre es necesario tener certezas para convencerse de que existe mucho más de lo que nuestros ojos ven."

El viento acariciaba las copas de los escasos árboles que crecían a través de los extensos campos, donde el anciano hombre esperaba, tratando de encontrarle algún placer a aquella desabrida, pero extrañamente agradable noche. El problema principal residía en que ya se le había escapado la idea del placer, en gran medida, por culpa de la crueldad de los años.

Más anciano de lo que Dios manda, esperaba la llegada de su viejo amigo, conocido, enemigo, aliado, o lo que fuese. Cualquiera hubiese jurado que era una noche como común, que nada pasaría allí; solo algún enojo ocasional del viento que lo dispusiese a correr con mayor fuerza, enfriando un poco más la oscuridad, o algún que otro chaparrón.

Sin embargo, el viejo parecía preocupado; pensaba y se lamentaba para sí mismo, aunque no con la misma fuerza que lo hubiese hecho en años anteriores. Analizaba cómo influiría lo que continuaría aquella noche, en el destino de su vieja y ya olvidada tierra, aquella tierra que lo había adoptado. Cómo sufriría su gente; cuántas vidas se perderían; cuántos mostrarían lo mejor de sí y cuántos se quitarían las máscaras.

Podría decir que lo tenía todo bastante claro, si es que se permitía un esbozo de confianza. Aun así, no podía dejar de pensar, seguro de que aquello que había visto comenzar hacía ya tanto tiempo y que le había opacado el brillo de sus incontables días, de algún modo, tenía que finalizar. Ahora era el momento y debía hacer lo correcto.

Se encontraba junto al río, el agua se deslizaba con un delicado rumor, y él la observaba como si conversaran silenciosos; como si esta quisiera decirle algo, algo que ya conocía. El río le mostraba su reflejo; «Fascinante tesoro, el agua», se dijo, apreciando la simpleza de lo que lo rodeaba. Quizás una de las mejores cosas que le había enseñado el tiempo, la simpleza de las cosas.

Un rostro que mostraba los accidentes de los años, arrugas como sinónimos de los errores cometidos a lo largo de su vida. Un par de ojos celestes cansados, llenos de vivencias inimaginables y totalmente deslucidos, le devolvían la mirada desde el río, escondiéndose debajo de unos caídos párpados coronados por dos delicados hilos blancos que actuaban como cejas.

Unos notorios puntos grises dibujaban lo que pretendía ser una inminente barba, producto de no haberse afeitado en los últimos días. En tiempos pasados, la había dejado ser bastante larga, invadía incluso su cara; pero ya hacía muchísimos años había decidido liberar su rostro. Vestía un traje negro, tan desgastado y opacado que competía con sus facciones, y se apoyaba sobre un bastoncito de madera que lo acompañaba hacía ya tiempo, pero que ahora necesitaba en particular para sostenerse. Un esfuerzo reciente había acentuado el mal que aquejaba su pierna.

La noche tramaba algo; el viento se enfureció de repente, como anunciando algo misterioso; los árboles se agitaron empujados por el mismo viento. El agua, que suave y constantemente se escurría por aquel cauce, se adecuó a la furia que soplaba.

Algo se movió a las espaldas del viejo, quien seguía sumergido en sus pensamientos. Otro hombre se incorporaba en la hierba; había aparecido de la nada y así había desenvainado su espada corta, que llevaba sujeta de un cinturón de cuero; espada ordinaria, una simple arma de defensa, sin gloria, sin historia, desconocida.

La espada en la mano derecha y la mano izquierda estirada, como intentando atrapar algún objeto invisible. Giró a un lado, giró al otro, como si esperara en cualquier momento el ataque. El viento volvió a soplar e hizo escuchar su entorpecida voz, interrumpiendo el silencio. Nada sucedió.

—Tranquilo, viejo compañero —dijo el hombre que lo había estado esperando, mientras se daba la vuelta para encontrarse con los ojos del reciente aparecido—. No existe peligro alguno aquí y ahora.

Para ellos era perfectamente normal; pero cualquiera que lo hubiese escuchado hablar se hubiese preguntado cuál lengua era aquella. El extraño idioma de atropelladas palabras que parecían estorbarse unas a otras en el que se había comunicado el hombre, el mismo idioma en el que le respondería el otro y se desarrollaría el resto de la conversación.

—Pensé que podían detectarme —señaló el recién llegado—, él puede sentirlo, ¿no es así?

—Puede sentir que alguien ha traspasado sus barreras y que nos movemos. Pero no creo que le dé gran importancia; de seguro piensa que puedes reaparecer en cualquier momento, aunque también sabe que no te encontrará. Puede que algunos hombres de blanco se movilicen, pero no será determinante —informó el otro con voz apagada—. De todas maneras, creo que piensa que has estado de este lado del mundo. Yo me he movido demasiado y no creo que me tenga muy presente; de seguro siempre consideró que se trataba de ti. He sido discreto, dentro de lo posible —agregó.

»Hay mucho de fantasía en todo este asunto. Él puede sentirlo, pero los guardianes no pueden detectarte con tanta facilidad a menos que cruces por la niebla, generando una grieta. Cruzando de esta manera, desmaterializándote, estás a salvo en principio; aunque, sin lugar a dudas, le enfurecerá nuestra osadía y, mientras más señales se den, más se inquietará. Posiblemente hasta intente buscarte.

—¿Quieres decir que puedo moverme a mi antojo, incluso rompiendo sus barreras? —preguntó.

—Puedes, pero no es conveniente hacerlo. Quédate de este lado ahora. Además, si abusas, pueden comenzar a rastrearte. Quizás los guardianes no tengan posibilidades reales de encontrarte; pero si lo hace él en persona, sí podría dar contigo. No sabemos hasta dónde llega su poder —lo advirtió, aunque el otro se quedó dubitativo. No estaba seguro de que le dijera la verdad acerca de esto último.

—Siempre creí que estaba atrapado en Legendaria —murmuró el otro,

mientras su gesto evidenciaba que estaba algo confuso.

Luego de esto, se quedaron mirándose un momento, observándose mutuamente y notando lo diferente de sus apariencias. El maltratado hombre que había traído la noche observaba a través de unos ojos color miel, sin brillo y tan apagados como los únicos que le devolvían la mirada en aquel momento. Se asomaban detrás de una maraña de un largo pelo grisáceo y una barba similar que colgaba de un rostro sembrado de años.

Vestía el cuerpo de aquel hombre una sucia y maltratada túnica de lana marrón, que dejaba colgando en su espalda una capucha que en ocasiones lo ocultaba, dándole un aspecto de fugitivo o proscrito vagabundo. Un cinturón de cuero viejo se apretaba a sus vestiduras, del cual nacía la vaina de la espada que todavía mantenía aferrada.

Las dos figuras eran alumbradas vagamente por la luna; parecían fantasmas que buscan la noche como refugio bajo aquella luz blanca que se derramaba sobre ellos. El hombre que acababa de llegar era notoriamente más alto que su acompañante, al cual analizaba con la minuciosidad de su aguda mirada.

—¿Cómo te haces llamar? —preguntó el haraposo—, por tu apariencia, presumo que la vida no te ha tratado tan mal —dijo casi a modo de reclamo.

—De un tiempo a esta parte, quien me conozca te dirá que soy Abraham Demeneng, y te impongo que, de ahora en más y hasta que yo lo decida, me llames con dicho nombre —respondió—. ¿Y tú?, ¿cuál es tu nombre ahora? —Ninguno tenía una apariencia muy pulcra; pero en comparación al otro, Abraham vestía de manera lujosa.

—He tenido muchos nombres, si utilizase uno solo, correría mucho riesgo. Algunos ya ni los recuerdo.

—¿Qué me dices del rumor del Daw-Sayii? —preguntó Abraham de manera incisiva—. Significa que eres algo así como... una falsa luz, un mal augurio, ¿quizás? —completó.

Al otro no le agradó aquel comentario, pero parecía que no podía decir demasiado para defenderse. La expresión de su rostro tradujo su descontento.

—Me he sentido derrotado, sin esperanzas. Aun así, en algunas ocasiones, sabrás que he intentado guiar a ciertos grupos; mis intentos siempre resultaron fallidos y sangrientos, por eso, los maestros que me han conocido a lo largo del tiempo han hablado de un Daw-Sayii —dijo tratando de elevar su orgullo mediante una postura fingida—. Nadie ha sabido quién soy en verdad, no se animan a mencionarme, pero no

pueden negar mi sabiduría y mi poder; lo sienten como si fuese un fuerte y atractivo aroma —le contó—. ¿Pretendes llamarme de ese modo?

—No soy yo quien te ha llamado así —lo cortó el otro.

El Daw-Sayii lo sintió como una burla, pero no dijo nada. La conversación fue interrumpida por una pausa, durante la cual Abraham miró hacia el cielo con gran detenimiento, sin intención aparente de volver a tomar la palabra. El Daw-Sayii volvió a hablar ante la ausencia de interés del otro:

—Cuando su dominio se hizo incontrolable y comenzó a surgir el Resplandor, muchas ideas de los hombres de este lado del mundo intentaron traspasar las fronteras hacia nuestras tierras junto con ellos. Pero los suyos, ahora los guardianes, que son fuertes a la hora de resistir, se encargaron de darle fin a todo pensamiento distinto que les molestase. —Hizo una pequeña pausa.

Abraham lo miró, su rostro no expresaba nada, sus rasgos pétreos indicaban que no tenía ganas o intenciones de crear una conversación amistosa. Sin embargo, dentro de su alma surgía una furia incontrolable debido a la hipocresía de la cual estaba siendo testigo. No dijo nada al respecto.

—¿Te ha costado mucho ocultarte? —preguntó el Daw-Sayii.

—No mucho. En realidad, no creo que quiera vernos muertos; de hecho, debe pensar que yo lo estoy. Sin embargo, somos piezas importantes de su poderío, al menos tú lo eres y él lo entiende así. Aunque no puedo negar que tuve algunas situaciones complicadas... —Hizo un ademán mostrándole su bastón y luego agregó—: No me he quedado quieto, pero siempre han creído que eras tú. Y entre mi habilidad para saber algunas cosas que podrían pasar y nuestras diferencias físicas, he logrado zafar de toda situación de riesgo. Al menos, aún vivo.

—Yo he vivido en La Selva de los Lamentos la mayor parte del tiempo, donde algún día se impuso nuestra amada ciudad —un tono sombrío se apoderó de él—. He descubierto que quizás no se ha convertido en un lugar tan salvaje y terrible como describen; o puede ser que juntos nos hayamos aceptado y acostumbrado al paso de los años inclementes —contó el Daw-Sayii y añadió con una sonrisa—: Tanto es así que me siento cómodo oculto entre sus lamentos, como otro de sus secretos; entre sus árboles, que se han vuelto algo sombríos. Entre sus criaturas y las gentes desgraciadas que se atreven a ocultarse en ella. Es como si a la selva le gustara tenerme de huésped.

»También me oculté en los túneles de los *bruscos* y en *los del valle* por algún tiempo, pero eso ya no es posible. Y como ya sabes, en ocasiones me he mostrado frente a maestros sectarios, aunque... —El Daw-Sayii no

tuvo la posibilidad de terminar su frase, pues el otro lo cortó en seco.

—¿No se te ocurre pensar que no te he citado para hablar de este asunto? —preguntó—. Además, no te interesa saber de mi vida nada que no te beneficie y yo sé más de la tuya de lo que quisiera.

El Daw-Sayii observó a Abraham con sus penetrantes ojos, que hubiesen atemorizado a cualquiera; aunque al otro viejo no parecía moverse un pelo. Parecía emocionado, pero su gesto cambió al notar la tenacidad de la frialdad en el rostro de su acompañante.

—Es cierto..., los mensajes que me has estado enviando este último tiempo. En un principio, dudaba de que fuese una trampa; pero el fantasma de la duda y la intriga me invadían constantemente, hasta devolverme algo de la esperanza perdida y un hambre de venganza que yacía dormida. También es cierto que he sido tibio; a pesar de esto, por alguna extraña razón todas mis fuerzas y mis intentos parecían claudicar y frustrarse. Sin embargo, no hay excusas, lo poco que he intentado contra el Resplandor ha sido débil y descreído —se sinceró el Daw-Sayii con una clara expresión de curiosidad en su rostro que, a la luz de la luna, se desfiguraba aún más de lo que los años y su aparente mala vida ya lo habían hecho.

»Por fin me decidí a venir, arriesgándome por completo y entregándome a la posibilidad de perder mi vida, que es lo único que conservo desde entonces. Pero después de todo, creo que tomé la decisión correcta —agregó.

El viejo lo observó en silencio. Sabía que el hombre no tenía nada que perder; algún día lejano en el tiempo, ambos habían sufrido la mano del poder tirano y despiadado. Y no le cabían dudas de que todo lo que el Daw-Sayii intentó había sido infructífero contra tanto poder y maldad. Había cargado con los peores castigos y sufrido el desánimo, la humillación.

Abraham no olvidaba que él también había sufrido a la par; pero imaginaba que, para un ego tan grande como el Daw-Sayii, sus experiencias pasadas serían destructivas. Excediendo a esto, un dolor supremo que les había tocado vivir. Un dolor que había opacado sus vidas por completo. Desde entonces, no le cabían dudas de que aquel hombre que enfrentaba, el Daw-Sayii, había vivido sin vivir, matando los días con cobardía. Respirando y sobreviviendo por el único y mero instinto que lleva al hombre a aferrarse a la vida; quizás atesorando una mínima esperanza en lo más profundo de su alma y un inmenso afán de venganza contenido.

A Abraham le costaba juzgarlo por todo esto. Al fin y al cabo, él había vivido de una manera muy similar y quizás con mayor cobardía. Sin

embargo, no podía dejar de lado lo que sabía del Daw-Sayii, ni olvidar sus responsabilidades. No ignoraba su hambre de poder, su frialdad y decisión. Alguna vez, había sido igual de cruel que la mano que terminó por oprimirlo y que acabó convirtiéndose en la oscuridad misma.

Temía no poder contener el monstruo al que estaba despertando. Volvió en sí y se dio cuenta de que su gesto comenzaba a evidenciar su miedo; se decidió a hablar y desviar la conversación.

—No hace mucho ha muerto otro emperador en nuestras tierras y ahora ha asumido un nuevo "líder". —Dejó un silencio y agregó—: Uno nuevo de sus elegidos, esos que se dice que llevan su sange.

—No creo que eso sea verdad —el otro fruncía el ceño al hablar—. No entiendo por qué lo hace. Quizás cree que puede engañar al destino así; no me lo hubiera imaginado jamás en el pasado.

»Si yo tuviera el poder, gobernaría con toda mi fuerza y para la gloria de nuestra tierra, como debería haber sido —se vanaglorió con insolente seguridad.

Su expresión dejaba al descubierto sentimientos negativos; una mixtura de asco, resentimiento y odio. Bajo la luz de la luna, sus ojos brillaron, probablemente recordando aquella mentira que parecía que aún creía. Abraham lo notó y sintió pena y rechazo hacia él.

—Poniéndome en su lugar, quizás no sea tan difícil de entender —dijo con un recuerdo de un pasado lejano temblando en su voz. Sin rodeos, continuó hablando para desviar la conversación—. Pero, sí me quedan dudas de quién sería peor. Si tú o él. De todos modos, te suplico que no expongas tus puntos de vista que, de seguro, no compartiré. Lo que quiero que sepas y tengas presente es que, si nosotros no intervenimos y este nuevo emperador despliega libremente todo su poder, será una de las peores épocas para nuestra gente; o de las mejores, dependiendo del bando en el que hayas quedado. Esto ya está pasando y habrá que actuar.

El Daw-Sayii lo miró algo confundido, pues no le había quedado muy claro el verdadero sentido de las últimas palabras de Abraham; si estaba siendo sarcástico o debía tomarlo en serio.

—Pero si el emperador que vi en Legendaria es todavía un niño, ni siquiera estaba cerca de dar cuenta de diez años cuando lo vi; de eso estoy seguro, yo mismo fui testigo de distintas ceremonias de presentación. —Se detuvo un instante y, con fastidio y desprecio, añadió—: Más que presentación, eran de adoración, como siempre. Lo llevaron por toda la isla, hasta recorrer todos los pueblos y ciudades de

todos los dominios. Con anteriores emperadores ha sido igual —terminó.

—Tiene algunos años más ahora, desde que tú lo viste. Esto no será inmediato, pero como dije, ya comenzó; se viene forjando desde su ascensión. Los ánimos comenzarán a agitarse y eso no se podrá evitar. En Legendaria, la falsa apariencia de debilidad que le da al régimen este joven impulsará a aquellos que se sienten sometidos y que, en un principio, verán su oportunidad para una posible rebelión —contó Abraham—. La verdad se dibujará a sí misma con el paso del tiempo, destruyendo toda esperanza de estas rebeliones.

—¡Pero eso es excelente! —exclamó el Daw-Sayii—. Eso traerá graves problemas. Si logramos que los dominios se unan, será una inmejorable posibilidad para terminar con el poderío resplandeciente en nuestras tierras. —Parecía excitado.

—El problema es que, en una tierra tan sometida, el Resplandor tiene todos los medios para ganar —replicó pensativo Abraham—. Los hombres, en el afán de trazar su mejor destino, se encuentran en el dilema de escoger distintos caminos. El camino que finalmente tome cada hombre dependerá de muchas cosas; pero será siempre cada hombre quien lo elija. En situaciones como esta, es difícil que todos tomen los caminos adecuados, más aún cuando son tan difusos y tortuosos. Los guardianes resplandecientes, en cambio, tienen caminos simples gracias a su poderío; lo lastimoso es que siempre escogen los más oscuros —siguió, torciendo la boca en un gesto que evidenciaba su desagrado.

»Nuestra labor será tratar de mejorar las cosas dentro de lo posible. Preparar los escenarios para que todo salga de la mejor manera. Si no interferimos, el niño que ahora gobierna en Legendaria y Las Islas del Olvido será quien consolide los peores ideales resplandecientes, arraigándolos a fuego en nuestras tierras. Será un gran emperador para el Resplandor.

»No se puede cambiar el mundo; menos aún, cuando sigue siendo dominado por los intereses particulares de los hombres, que en general, no piensan mucho más allá de sí mismos.

Mientras terminaba de hablar, Abraham dedicó una gélida y penetrante mirada a su acompañante, casi como queriéndole obsequiar la última frase. El Daw-Sayii se quedó mirándolo y pensó que seguía tan loco como siempre y, mientras Abraham miraba las estrellas que se asomaban detrás de unas nubes grises y tajeadas que interrumpían la noche, volvió a hablar:

—¿Qué crees que debo hacer entonces? —preguntó un poco desorientado.

—Por el momento, quédate de este lado y sin causar problemas, procurando que parezca que no existes. Nuestras esencias se han movilizadas hoy, y él puede sentir esa fuerza en acción, sabrá que algo está sucediendo; deja que todo se aquiete algún tiempo. Luego, cuando sea el momento, yo te guiaré; tendrás que tener paciencia. —Se quedó pensativo un momento y, con seriedad, añadió—: Será imposible que la situación no empeore; será muy necesaria tu actuación en ciertas ocasiones para que no se nos termine escapando todo de las manos.

—¿Realmente puedes verlo?, ¿sabes cómo ocurrirá todo?, siempre pudiste desde aquella vez, ¿verdad? —preguntó el Daw-Sayii.

—¡Aaaah, querido compañero! —exclamó con tranquilidad, pero con una soberbia que hubiese turbado al más sabio—. Nadie puede saber con total claridad lo que sucederá. Las estrellas y el cielo, así como el mal que me atormenta, cuentan muchas cosas. Como ya te he explicado, la decisión final está en el hombre, que será quien elija su camino. El destino es como un río que parece ser imperturbable, pero el agua corre y nuestras acciones y decisiones, casi imperceptibles pero decisivas, son gotas de agua que se agregan a ese río haciéndolo cambiar —explicó Abraham y continuó, luego de una mínima pausa—: No siempre tuve la seguridad en mis profecías. Eso fue hace mucho tiempo, cuando cometía severos errores que aún hoy se siguen cometiendo por aquellos que creen tener las mayores certezas.

»La verdadera sabiduría reside en la capacidad de descifrar esas variables que se nos ofrecen y poder inclinarse hacia la mejor posibilidad. Habiendo aprendido de mis errores, puedo saber cosas que no te imaginas; pero siempre son posibilidades. Si el rumbo de las circunstancias varía en lo más mínimo, todo podría ser distinto. Hoy tenemos una nueva oportunidad especial. La verdadera oportunidad. A lo largo de todo este tiempo, hubo incontables oportunidades; pero créeme que ahora es el momento de actuar. Confía en mí —agregó reflexivo el anciano.

El Daw-Sayii lo miraba, ahora con el entrecejo fruncido, esperando que le contara más.

—Entonces —dijo Abraham—, harás lo que te pido, ¿verdad?

—Creo que no habrá ningún inconveniente —respondió el otro, todavía bastante dubitativo.

—He encontrado una persona en especial que, junto con otros, es capaz de cambiar muchas cosas en los tiempos oscuros que se acercan. Necesito de tus artes para su protección —informó en seco el viejo, casi divertido por la reacción que sabía que tendría el otro. Al final, agregó—: No te

preocupes, no será peligroso. —Así logró despistar al Daw-Sayii, que lo miraba con el ceño arrugado por la desconfianza.

—La posición que mereces jamás correrá peligro —siguió diciendo, poniendo un toque de sorna en su última frase. Abraham no podía creer que su compañero siguiera convencido de aquella mentira y que, después de tanto tiempo, aún lo creyera. Sin embargo, debía seguir creyendo o engañándose a sí mismo, pues esa misma mentira era la que le devolvía la esperanza al Daw-Sayii en aquellos momentos.

—Creo que eso puede ser posible —afirmó el otro, pensativo—. ¿También pretendes que se nutra con nuestro tan preciado don? —agregó evidenciando inseguridad.

—No, de ninguna manera; eso no le corresponde a ningún ser de este mundo poseerlo, ni obsequiarlo —dijo severamente Abraham—. Solo quiero su seguridad ante los peligros, que no serán escasos.

—No pensabas así cuando eras joven. Si te has vuelto tan sabio en estos tiempos, como pretendes demostrar, deberías haber desarrollado al máximo tu poder. Tú siempre dijiste que todos somos muy poderosos, que nuestra esencia es única. De seguro habrás aprendido mucho, ¿por qué no haces tú mismo lo que precisas? —lo desafió el Daw-Sayii.

—En parte tienes razón, pero finalmente, te equivocas —le explicó—. No olvides que hay algo más que corre por mis venas y perturba mi alma. En el afán de proteger a alguien, exponiendo mi poder, sería factible de transmitir y maldecir con tan terrible tormento y no quiero ser culpable de ello. ¿Recuerdas que casi me condenan por eso? —concluyó mientras clavaba una fulminante mirada en el Daw-Sayii, quien inmediatamente desvió sus filosos ojos hacia la inmensidad de la noche.

No se atrevió a mirar a su acompañante, pero sentía sus ojos encima:

—No entiendo por qué lo transmitirías, creo que simplemente eres algo cobarde y no quieres hacerlo; quieres que yo corra los riesgos —dijo pensativo y dejó un silencio antes de seguir y olvidar el asunto anterior—: Yo no te hubiese dejado morir, siempre creí en ti —se defendió, intentando mirar a Abraham, pero su mirada era intimidante y acusadora, a tal punto que lo obligaba a desviar la suya—. Nunca te consideraré loco, al menos nunca estuve seguro de eso. Dudaba, es cierto, pero tomaba muy en serio tus profecías.

Abraham sabía que lo que decía el Daw-Sayii era, en gran parte, verdad; pero no dijo nada, simplemente siguió mirándolo. Ante el estruendoso silencio que se alzaba entre ellos, comandado por la fulminante mirada de

Abraham, el otro hombre se arriesgó a hablar de nuevo:

—Ahora que estás más seguro de ti mismo y eres más sabio, puedes decirme qué pasará de cara al futuro. ¿Tendrá su lugar el gran rey verdadero? —inquirió expectante.

—Eso no es de mi interés; es de tu interés —respondió cortante Abraham.

—Entonces, quizás, puede resultarme poco interesante ayudarte con tus planes —dijo el otro con una sonrisa malévola.

—Es tu decisión, pues —lo cortó Abraham manteniendo su gesto de piedra, como si no le interesara realmente lo que acababa de oír—. Las estrellas y mis visiones me mostrarán otra manera, me guiarán; de eso no hay dudas. —Esbozó una sonrisa antes de concluir la frase—. Sin embargo, tú perderás la que quizás sea tu única esperanza y la única posibilidad de que él pague. Puedes beneficiarte o quizás no tanto, pero claro está que no perderás nada. ¿Imaginas una situación peor para ti? —añadió Abraham, desafiante.

El Daw-Sayii se quedó perplejo mirando el suelo, mientras pensaba en lo que había dicho el otro. Si lo meditaba con detenimiento, comprendía que, si caía el Resplandor, difícilmente no se viera beneficiado.

—Bueno, si ya has tomado tu decisión, entonces no hay más nada que hablar. Si decides volver, espera un tiempo; aunque no lo creas, hemos dejado rastros de grandes poderes en movimiento y eso podría haberlo inquietado; no lo sabemos. El chiquillo indefenso que viste como emperador, desde el primer momento ha hecho valer su posición. Este jovencito sabe el poder del que es dueño y el miedo que puede infligir sobre los demás con tan solo una idea.

»Si se le ocurre buscarte, le encantará demostrar de lo que es capaz, sin importar cuánta crueldad tenga que poner en juego y cuánto dolor tenga que esparcir —dijo Abraham, haciendo una pausa—. Bueno, será hasta que nuestros caminos se vuelvan a cruzar, si es que así sucede. —Saludó con un gesto de su mano.

—Está bien —aceptó el Daw-Sayii, sintiéndose un idiota luego de las últimas palabras de Abraham, que era evidente que se había burlado de forma grosera de él. Odiaba no entender su arte—. ¿Cómo deberemos seguir ahora?, ¿quién es esa persona que he de proteger?

—Mañana entenderás mejor, te mostraré a dos de los que irán a nuestra tierra. De hecho, estamos aquí porque es el lugar hasta el que me han guiado las estrellas; deberemos salvarles la vida. Tendrás el honor si así lo deseas —dijo Abraham mientras comenzaba a caminar al lado del río,

siguiendo la dirección en la que corría el agua.

El Daw-Sayii lo miró desorientado, y Abraham lo captó.

—Pertenece a este lado del mundo. Serán de afuera, como nosotros. No conocen ni han oído hablar de nuestra hermosa tierra; aunque créeme que sus almas sienten e imaginan lugares tan hermosos y tan agradables como hostiles. No siempre es necesario tener certezas para convencerse de que existe mucho más de lo que nuestros ojos ven —explicó Abraham, mientras el Daw-Sayii lo miraba comenzando a asimilar y entender lo que oía.

»Otra cosa de lo que debemos asegurarnos es que, para cuando llegue el momento y los lleves a nuestras tierras, sean capaces de comunicarse. Les inculcaré nuestra lengua mayor, ya encontraré algún modo. —Finalizó la frase con la mirada perdida, como si hubiese estado pensando en voz alta.

—¿Qué? —se sorprendió el Daw-Sayii—. ¿Yo tendré la obligación de hacerlos cruzar los límites?

—Así es, yo te acompañaré, pero tú deberás hacerte cargo —le respondió—. Y deberán cruzar por la niebla.

El Daw-Sayii lo miró y se detuvo en seco, aún más sorprendido. Abraham se volvió para tranquilizarlo:

—Tranquilo, gran rey, lo podrás hacer —dijo en tono de sarcasmo—. Los guardianes draconianos, que custodian la niebla, son temibles para la gente común, pero tú podrás librarte de ellos; además, cuando cruces los límites, solo atacarán unos pocos. No habría razón para que sospechen de tu presencia hasta ese momento.

—La mano de alguien que estuvo junto a nosotros algún día está detrás de esa guardia —afirmó el Daw-Sayii con gesto difícil de descifrar. Luego de unos momentos, no pudo ocultar más su ansiedad y desconcierto y preguntó—; ¿Cómo será?, ¿qué tienes planeado?

—Ya te he dicho que mañana lo entenderás mejor, y el resto déjame a mí —dijo burlándose otra vez del Daw-Sayii, con voz pausada, como si le hablara a un niño—. Yo te guiaré en cada paso.

Con envidiable disimulo, las nubes habían ido ganando la batalla y apropiándose de la fortaleza oscura de la noche; habían apagado con su triunfo el brillo del ejército de estrellas. El cielo era ahora completamente gris; el viento soplaba con hostilidad y traía consigo la profecía de la lluvia. El acogedor aroma del aire daba por sentado que se acercaba

tormenta.

A lo lejos, un rayo partió la tierra con ruido ensordecedor. Antes, se lució con su arte, pues su brillo resplandeciente dibujó en el firmamento las formas que la noche ocultaba. Como un juego de sombras eternas sobre un fondo efímero de luz, el paisaje quedó plasmado frente a los ojos del Daw-Sayii y Abraham y, luego de unos instantes, volvió a esconderse en la noche.

—Parece que la tormenta no tardará —dijo Abraham.

—¿Dónde iremos?, ¿tienes un refugio? —preguntó el Daw-Sayii.

—Yo sí —le respondió el otro—, será mejor que encuentres refugio tú también.

—¿No puedes llevarme contigo? —volvió a preguntar—. Los días son incontables desde la última vez que visité este lado del mundo; no lo conozco. Dame refugio al menos por esta noche.

—No seamos hipócritas, compañero. Ahora somos aliados y, para que nuestra alianza prospere, lo mejor será estar separados todo el tiempo que nos sea posible —le explicó el otro—. Te informo que todavía te quedan siete años antes de regresar a nuestra tierra.

»Aprovecha este tiempo y recorre este lado del mundo; hace mucho que no pisas estas tierras, ya son ajenas para ti. Es muy probable que encuentres más misterios e intereses en un lugar ajeno, que en territorios conocidos y hostiles. Disfruta este tiempo, no crees problemas que puedan perjudicarnos y nos encontraremos solo cuando sea necesario —finalizó, ante la sorpresa del Daw-Sayii, que lo miraba perplejo, mientras comenzaba a caminar hacia la oscuridad. Luego se dio vuelta y volvió a hablar—: Casi se me olvida. Mañana, a la mitad de la tarde, cuando la lluvia caiga con mayor fuerza, nos encontraremos aquí.

Abraham se dio vuelta y continuó su marcha. El viento siguió soplando con intensidad y, de un momento a otro, el hombre se había extinguido en la oscuridad y había dejado en soledad al Daw-Sayii.

Una gota lo golpeó en la frente y se deslizó por su rostro. Luego de eso, algunas más le siguieron y, en breve y con dulzura épica, la lluvia se desplomó sobre el hombre. El Daw-Sayii se quedó pensando cuánto provecho podría sacar de la situación que acababa de acordar de palabra, preguntándose si sus esperanzas no serían vanas otra vez.

Se le había sugerido que se quedara siete años en tierras que ya no conocía. Ese tiempo no significaba nada para él; pero no podía negar que prefería el calor húmedo y la niebla espesa de los hostiles lugares que

solían ocultarlo y darle refugio. Ya estaba acostumbrado.

Había estado quieto todo este tiempo; falto de esperanzas, ganas y medios. Un alma en pena en medio de la selva. Debía seguir así, no debía perturbar la calma por el momento, o todo correría peligro, aunque ahora que se despertaba de aquella somnolencia dolorosa e insoportable, sentía que su sed de venganza y orgullo se desperezaban a cada instante que pasaba.

Podría descansar en paz por algún tiempo. En paz consigo mismo. Sabiendo que ahora se le presentaba una posibilidad, una esperanza de tomar lo que era suyo, de recuperar su nombre y urdir su venganza.

Si las cosas sucedían como se le acababan de presentar, el aumento sostenido de la agitación en ciertos grupos rebeldes haría creer al Resplandor que él estaba detrás de todo y debería prepararse para ese momento. Podría descansar en paz durante siete años, dormiría con los ojos cerrados toda la noche, sin el peso de la culpa, la cobardía y la impotencia.

La lluvia ya era constante y aumentaba su fuerza progresivamente. Tenía que buscar dónde refugiarse. Después de tanto tiempo, se sentía animado y optimista. De repente, los ojos le brillaron, incendiados en odio, imaginándose, de una vez por todas, ocupando su lugar en el mundo, ese que le correspondía por designio.

La tormenta arrasaba sobre la totalidad de aquel hermoso paisaje; el cuadro era espectacular y, a la vez, aterrador. Las copas de los árboles se agitaban enfurecidas, mientras que las gotas de agua fría se perdían entre una cortina agresiva de lluvia veraniega, como si fuesen diminutos soldados de agua en plena ofensiva.

El río había crecido por la lluvia y, al verlo, la niña y el niño se horrorizaron y se arrepintieron con absoluta sinceridad de haber desobedecido a sus padres. Deberían haberse quedado en la pequeña casa de campo que se erigía sobre una lomada cercana, como se lo habían pedido, y no salir a pretender ser valientes debajo de la lluvia. Sin embargo, el silencio de la siesta fue tentador y el murmullo de la lluvia los llamó hacia aquella inspiradora aventura.

Solían ser muy desobedientes y traviosos, pero no lo hacían con maldad; solo eran impulsos que los arrebataban y generalmente los divertían mucho. En aquella ocasión, parecía que habían ido muy lejos y no estaban para nada divertidos. El miedo invadía cada centímetro de su cuerpo y sentían los latidos de sus acelerados corazones saltando en sus pechos. Para terminar de coronar de dramatismo la situación, no sabían en dónde se encontraban, pues hacía poco que la familia había comprado aquella

casita y no conocían muy bien el entorno.

El viento golpeaba con bravura sus pequeños y asustados rostros y los obligaba a entrecerrar los ojos. Aun así, lo único que se podía ver a través de la terrible tormenta eran solo montañas en torno al río, que recibían el feroz azote de aquella lluvia y árboles que se agitaban a un ritmo aterrador.

Los niños corrían hacia la dirección en la cual creían que estaba la casita. Francesca ya se había percatado de que el río había subido mucho más en los últimos momentos y ahora estaba cerca de alcanzarle los pies; lo más aterrador era que, para alejarse de la orilla, tendrían que subir por las rocas hasta ponerse a salvo.

Seguramente, esto era lo más conveniente, pero también muy peligroso, y los chicos estaban tan asustados que no se atrevían a hacerlo. Solo corrían y corrían, esperando alejarse de aquella amenaza y encontrar el camino que ascendía hasta la tan anhelada casita.

Los rayos parecía que iban a partir la tierra, cubrían el paisaje con una luz que para los niños era como el anuncio de algo malo, de algo trágico. Su ronca voz parecía burlarse de los dos pequeños, mientras surcaban el cielo ennegrecido.

El río seguía subiendo y cada vez más rápido; ya el agua les cubría los pies y les empujaba los talones. Solo hacía falta que creciera un poquito más para que la fuerza embravecida del agua los arrastrara hacia una muerte segura. Los chicos lo presentían, pero se resistían a aceptarlo. El río no era piadoso y crecía cada vez más. Sabían que, más adelante, aquellos muros naturales de enormes rocas que asistían al agua en su ascenso y parecían apresarlos, bajaban de repente, para dar paso a un terreno plano que luego volvía a subir con suavidad.

De pronto, allí estaba. A lo lejos, vislumbraron por entre la rendija de sus ojos apenas abiertos la silueta de la casita. Parecía inalcanzable, todavía faltaba para la zona en la que cedían las paredes de piedras que acogían con celo al río embravecido.

—¡Ahí está! —gritó Fran extendiendo su mano hacia el frente y sin dejar de correr.

En ese momento, todo se derrumbó.

Tropezó y cayó; entonces, su primo intentó sujetarla y ambos fueron arrastrados hacia el enfurecido túnel de agua.

El caudal los envolvió y la fuerza del río los obligó a cerrar por completo los ojos; aunque intentaran mantenerlos abiertos, era en vano. Debajo de

aquella prisión de agua, imperaba la oscuridad y sería imposible ver nada. El agua presionaba sus cuerpos con fuerza; el miedo era la única verdad y la única salida aparente era una horripilante muerte. La mezcla de agua y barro se colaba por sus narices y bocas, obligándoles a experimentar la más fea y desesperante sensación a lo largo de sus cortas vidas.

Fran pensó con tristeza que, si moría, no podría ver jamás al bebé que esperaba su madre; no conocería a su hermanita, ¿o quizás hermanito? Ella estaba convencida de que sería una niña, pero eso no le importaba mucho ahora; el agua la sujetaba y estaba desesperada.

La niña agitaba sus brazos y sus piernas y, de repente, su cabeza estuvo afuera de su helada prisión. Vio la mano de su primo agitarse muy cerca de ella y trató de alcanzarlo, pero volvió a hundirse. No faltaba mucho para que los niños se ahogaran. Volvió a salir a flote y a hundirse inmediatamente.

De repente, una gran calidez recorrió todo su cuerpo, concentrándose en su pecho y llenándola de vida; inmediatamente, sus pulmones se bañaron de aire, a pesar de seguir dentro del agua. Pasaron así unos instantes, sin entender si estaban misteriosamente salvados o si ya estaban muertos. Giró su cabeza y vio a Marco devolviéndole una mirada de sorpresa. Algo los impulsaba hacia arriba.

—¡Francesca!, ¡Marco! —Los gritos de los hombres se acercaban y, a pesar del ruido del río, los oían con total claridad. Sus padres estaban buscándolos.

Salieron a la superficie, el cielo seguía cubierto con negras nubes, pero las escasas gotas que caían ahora lo hacían con delicadeza; mientras que el río, misteriosamente, corría con suavidad.

Francesca y Marco se soltaron las manos y se deslizaron por el río que los empujaba, ahora como acariciándolos, y alcanzaron la orilla. Se pusieron de pie como pudieron y comenzaron a alejarse del agua. Vieron la casita otra vez; estaban al pie de la pequeña loma en donde se alzaba.

Pusieron todo su entusiasmo en correr y alejarse del peligro; a pesar de que la lluvia ya se había aplacado, cada gota seguía siendo como un frío golpe en el rostro. Tenían miedo y querían alcanzar cuanto antes el caminito que desembocaba en la galería de la casa. Ni siquiera se dieron cuenta de que, al otro lado del río, sobre unas piedras, las figuras de dos hombres, dibujadas como bultos en aquel día negro, los observaban.

Al fin alcanzaron el caminito de piedras que pronto se transformó en escaleras y llegaron a la puerta de la casita. Se abrió con fuerza y dos mujeres pálidas de miedo salieron a su encuentro con sus rostros disfrazados en furia. Una de ellas lucía un embarazo que comenzaba a

hacerse notorio.

Por un instante, Fran y Marco creyeron que hubiera sido mejor seguir en el río, en medio de su peligrosa travesía, que tener que enfrentar a sus madres; pero no tardaron en caer en la cuenta de que en el río hubieran muerto.

Una vez adentro, el griterío de las dos mujeres no cesó, al contrario, se intensificó; ahora que habían calmado la preocupación por sus hijos, estaban preocupadas por sus maridos, que habían salido a buscar a los aventureros.

—¡No los vamos a dejar ni abrir la ventana hasta que no cumplan veinte años! ¡No van a salir a ningún lado! —Una y otra vez, las madres de los chicos vociferaban frases como esas, aunque ellos sabían que no lo cumplirían.

Una vez que llegaron los padres de Fran y Marco, los retos fueron peores y, cuando les preguntaron qué había pasado, los chicos coincidieron en decir que nada había ocurrido. Que solo se habían perdido y la fuerte lluvia había retrasado su regreso.

Tal vez por miedo a que los siguiesen reprendiendo y que los castigos fuesen peores, no dijeron nada de lo ocurrido y nunca compartieron con nadie la aventura del río.

¡Muchas gracias por leer!

IMPORTANTE: A partir del 21/09 y hasta el 25/09 el ebook estará disponible para su descarga gratuita desde la app Kindle de Amazon!

Te presento los primeros cuatro capítulos del primer libro de la Saga del Resplandor. Podés continuar leyendo desde Amazon, adquiriendo el libro completo desde el siguiente

link: [https://www.amazon.es/Resplandecientes-Sangre-Rebelde-Saga-Resplandor-](https://www.amazon.es/Resplandecientes-Sangre-Rebelde-Saga-Resplandor-ebook/dp/B08BFPKBPH/ref=sr_1_2?__mk_es_ES=%C3%85M%C3%85%C5%BD%C3%85%BD)

[ebook/dp/B08BFPKBPH/ref=sr_1_2?__mk_es_ES=%C3%85M%C3%85%C5%BD%C3%85%BD](https://www.amazon.es/Resplandecientes-Sangre-Rebelde-Saga-Resplandor-ebook/dp/B08BFPKBPH/ref=sr_1_2?__mk_es_ES=%C3%85M%C3%85%C5%BD%C3%85%BD)
2

También te invito a seguirme en mis redes sociales, donde publicaré periodos gratuitos para adquirir el libro y frecuentes sorteos.

Instagram: <https://www.instagram.com/exeg.escriptor/>

Twitter: https://twitter.com/exeg_escritor